

A LA ORILLA DE UN RÍO...

Cierta tarde en que el sol tostaba la atmósfera haciéndonos difícil la respiración, se me ocurrió, para huir en lo posible de sus rayos de fuego, dar un paseito a lo largo del río Oyarzun, hacia su desembocadura, por el llamado «camino de abajo».

A la sazón, estaba este paseo poco menos que intransitable, a causa de los destrozos ocasionados en el piso por los carros y camiones que de él hubieron de hacer uso, con motivo de las diferentes obras ejecutadas en las inmediaciones. Pero este inconveniente, quedaba altamente compensado con el «perfume», que, procedente del río, invadía el ambiente y nos enloquecía con sus fragancias.

Poquito a poco y bajo los maltratados árboles que tienen la misión de ensombrecer el camino (como los acreedores ensombrecen nuestra existencia), llegué al lugar en que hay dos bancos, pero no dos edificios bancarios, sino dos modestos armatostes, colocados allí para sentarse y... ¡bueno, para sentarse!

Como antes decía, el objeto de mi paseíto era poder pasar un ratito... lo más largo posible, entre aquellos árboles que me preservaban del suplicio impuesto por Febo a mí y a los demás habitantes de la tierra y, por lo tanto, nada más natural de que, una vez llegado, me sentase en uno de los bancos que son ornato de aquel lugar.

Hallábame como en la Gloria, saboreando un veguero y siguiendo distraídamente al humo que despedía, cuando de pronto me sorprendió un gemido que a mi alrededor había sido lanzado por alguien.

Miré y remiré por todos lados, sin que mis pesquisas hubieran tenido éxito, cuando el gemido sonó de nuevo tan cerca de mí, que pensé pudiera ser del banco en que se posaba mi humanidad.

Puesto en observación, noté con el consiguiente estupor, que, en efecto, las quejas las exhalaba el banco, con tal insistencia, que me entraron deseos de enterarme de las causas a que obedecían.

Puse toda mi atención y merced al silencio que reinaba, pude oír lo que el banco decía.

—¡Hay de mí! ¡Qué vida más horrible!

—¿Qué te pasa?, le dije.

—¡Ah! ¿Quién es usted?, me preguntó el banco, corrido de vergüenza.

—¡Ay señor!, continuó. ¡Esta vida es atrozo! ¡Nazca usted para ésto! Y al decirlo, noté que le corrían dos lágrimas por la cara de una de sus tablas.

—Soy muy desgraciado, y lo mismo puedo decir de mi vecino, añadió refiriéndose al otro banco.

—Pues no será porque no estéis entretenidos, siendo éste un lugar tan frecuentado.

—¡Ya, ya! ¡Fíese y no corra! Hay épocas en las que realmente somos muy visitados, pero no en la forma que nosotros deseamos. Ya ve usted; nosotros, de día, estamos dispuestos a pasar el rato con cualquiera, charlando un poco de todo; lo que quisiéramos es, que nos visitasen así para poder descansar durante la noche; pero, ¡no puede ser! En lugar del descanso, nos

viene el cansancio, por que hay que ver y oír lo que tenemos que soportar. ¡Es inconcebible!

—Claro; se comprende que la gente frecuente ésto durante la noche, porque en el pueblo hace mucho calor.

—Sí, así debe ser, por el calor. Pero, ¿le parece a usted que estamos en condiciones de poder aguantar esas tabarras amorosas? ¡Míreme cómo tengo la columna vertebral! Y me mostró el respaldo roto.

—Efectivamente; no estás muy fuerte para esos trotes, porque también tienes una costilla averiada.

—¡Ay! Es la edad, señor...

Cuando nos colocaron aquí, ya nos podían echar gente encima, porque éramos nuevos y estábamos fuertes. Pero ahora... Considere usted el trato que nos han dado y el que siguen dándonos. De día aburridos y de noche no dejándonos descansar. Además, mire usted cómo estamos de ropa. (Y me mostraba los restos de pintura que quedaban en su maderamen). Hasta en eso nos dan mal trato. Tenemos enfrente una fábrica de pinturas y a nosotros no nos llegan ni las salpicaduras. Nos dan al año un bañito, de prisa y mal, y después, aguante usted los fríos, calores y malos ratos. Estoy viendo que pronto nos pasará lo que a nuestro padre.

—¿Habéis tenido padre?

—Sí, señor. Un banco que estaba ahí cerca, debajo del puente pequeño. El pobrecito era ya viejo y verde, todo verde y de madera,

ra y, claro está, se pudrió, lo rompieron unos muchachos y se llevaron los trozos. ¡Qué triste fin!

Y nuevamente corrieron dos lágrimas, que se secaron en mi pantalón.

—¡Qué diablos!, gritó enérgico. Yo creo que tenemos tanto derecho como nuestros hermanos de la Alameda, que están atendidos como si fueran de distinta condición que nosotros; y ya me huelo el motivo... que debe ser que en ellos se sienta la «gente gorda».

Y aquí terminó nuestra conversación.

Anochecía. Ya se había retirado el vengativo Febo al ver que no nos podía fastidiar con sus llamarradas, y pian-pianito, me dirigí al pueblo.

Ahora, ya no había «perfumes» en el camino. La marea subía y unos cuantos corcones saltaban sobre el agua, en tanto que otros no menos corcones, se dirigían agarraditos al lugar que yo acababa de abandonar.

ENVIO. Al Ilustre Ayuntamiento en súplica de que considerando el incremento que va tomando el paseo por el «camino de abajo» y atendiendo las razones expuestas por uno de los famosos bancos del mismo, se sirva ordenar el cuidado de los existentes y la colocación de otros, que puedan ayudar a los primeros en la ardua prueba a que los someten las numerosas personas que aman la soledad de dos en compañía.

ONDARTXO



DON AURELIO PARRONDO
Jefe de la sección de Carabineros
de esta villa